







[www.loqueleo.com/uy](http://www.loqueleo.com/uy)

© 2025, Federico Rodrigo

© De esta edición:

2025, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-608-0

*Printed in Uruguay* – Impreso en Uruguay

Primera edición: marzo de 2025

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Gerardo Fernández Santos

Gracias a Fede Rosano por la idea original de la trama y el título del cuento: *Ese día tan increíble en el que Miguel cambió el tiempo para siempre.*

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Las cosas que pasan en 6to B

Federico Rodrigo

loqueleg

*Para Aurora,  
nacida solo unos días  
antes que este libro.*

Hola, soy Fede, te doy la bienvenida a los cuentos de este libro.

¿Vos tenés un amigo tan distraído que pierde hasta los bolsillos? ¿Y uno que viva inventando chistes, excusas y robots? ¿O tenés esa amiga mandona a la que a pesar de que te mandonee la amás igual? Ya sé, tenés una con tanta energía que no para de moverse. O una tan perezosa que se agota hasta cuando lee. O capaz tenés una amiga aventurera a la que le encanta aunar animales.

Aquí los vas a encontrar a todos.

Si querés te los puedo presentar en clase, a orillas de un charco y bajo una tormenta rarísima, también cuidando a una mascota, a una piedra y al Mirón. ¡Son lo más! Ojalá los quieras tanto como yo, vas a ver las cosas que pasan en 6<sup>to</sup> B.



## Qué chico ese charco

9

El Mochi siempre fue un ser muy distraído. De esos a los que les gusta más ir mirando para arriba que por dónde pisa. Y además, el Mochi siempre fue persona de ver poco. Cuando uno le preguntaba la hora, tenía que acercarse el reloj hasta que le tocaba la punta de la nariz. Pero sobre todo, el Mochi siempre fue amigo de seguirte en toda aventura que apareciera, por más aburrida que fuera. A la plaza: iba. A la biblioteca: iba. A la casa de al lado a buscar la pelota: también iba. Siempre estaba atrás cuidándonos la espalda. Siempre estaba atrás como una mochila. Por eso fue que se ganó el apodo de “el Mochila”. Aunque los que lo queremos más le decimos “el Mochi”.

Y fue por andarnos atrás, mirando poco y para arriba. Por andar a las risas. Por andar paveando, diría la maestra Bea. Por el suelo, que estaba resbaloso del tremendo chaparrón que había caído ayer. Quizás hasta fue por explorar, que el Mochi se cayó en un charco.

Uno diría que caer en un charco no tiene mayores consecuencias que unos tobillos salpicados, un pantalón mojado o como máximo un poco de cola con barro. Nada

grave. Pero este no fue el caso. El Mochi se cayó, cayó adentro del charco, hasta el fondo. O sea, desapareció.

Al principio pensamos que estaba chapoteando. Pero no. Después pensamos que no salía porque no sabía dónde quedaba la superficie. Pero tampoco. Ya pasado un rato, nos empezamos a preocupar.

10 Nadie quería acercarse demasiado al borde por miedo a caer, pero nadie quería ir a pedir ayuda por miedo a perder el charco. (Es que los charcos son muy parecidos vistos desde arriba). (Eso sí, son muy diferentes vistos desde adentro).

Entonces Leo empezó a sacarse un cordón para pescar al Mochi. Mientras, Sabri, aburrída, tiró una piedrita para el charco. Todos nos llevamos una enorme sorpresa al ver que entre el *gluc* de la piedrita, la voz del Mochi se escuchó perfectamente.

–*Ouch*. Tiren algo para comer que tengo hambre.

–¡Mochi! ¿Cómo estás? ¿Te lastimaste?

El Mochi no escuchó, se ve que le hacía demasiado ruido la panza.

Así que agarramos un pedazo de refuerzo que Sabri estaba comiendo, lo envolvimos en una bolsa para que no se mojara y se lo tiramos. Sabri dijo que no tenía sentido envolverlo porque cuando se lo quisiera comer, se iba a mojar igual. Pero Leo y yo decidimos seguir el protocolo de alimentación de amigos perdidos en charcos que habíamos creado un par de veranos atrás.

Como un solo cordón era demasiado corto para pescar al Mochi, Leo ahora se estaba sacando el otro y le

pedía prestado los suyos a Sabri. Descalza, Sabri tiró otra piedra en el charco para ver qué más necesitaba el Mochi. Yo enseguida paré la oreja.

–¿Queda limonada? Tengo sed.

–¿Cómo sed, Mochi? ¡Estás abajo del agua! –Le reprochó Sabri, pero el Mochi no contestó. Se ve que la respuesta no se quiso mojar.

Así que agarramos una botella de limonada que el papá de Leo nos había hecho para el camino, la envolvimos en una bolsa de nailon y se la tiramos. A pesar de que Leo dijo que no era necesario envolverla en la bolsa porque la botella ya estaba hecha para que los líquidos no entren ni salgan, seguimos el protocolo de manipulación de botellas que recomendaban los bomberos.

Leo quedó medio ofuscado por tener que tirar toda la limonada al charco, pero yo le dije que hasta que no lográramos que el Mochi saliera de ahí íbamos a tener que ayudarlo con todo lo que necesitara. Así que Leo, no demasiado contento, redobló esfuerzos para el rescate: como los cordones eran demasiado livianos y no lograban atravesar la superficie del charco (o sea, quedaban flotando como un tallarín pasado), decidió atar también su campeón a la punta del último cordón. Preocupada, Sabri tiró otra piedra al charco.

–Voy a necesitar un sacacorchos y estacas para carpa.

–¿El qué? ¿Para qué quieres eso?

Pero el Mochi no escuchó. Se ve que se le habían llenado de agua los oídos. (Y el cerebro, agregó Sabri).

–¿Para qué quiere un sacacorchos y las estacas de una carpa? ¿Me podés decir?, ¿qué?, ¿se está inventando un submarino para salir del charco?

Sabri apretaba los puños con bronca.

Yo demoré un buen rato en buscar las cosas en la mochila del Mochi porque es como una almohada rellena de chiquero de chanco. Pero las encontré y se las tiré envueltas en una media.

12

El sol se estaba moviendo demasiado rápido y el día se iba. El viento hacía olas diminutas en la superficie del charco, mientras que el pasar del tiempo hacía olas grandotas en la cara enojada de Sabri.

–No podemos volvernos de noche porque nos van a rezongar y no nos van a dejar salir más a pasear solos  
–resopló irritada.

Pero el campeón atado en la punta de los cordones también flotaba. Era como si las cosas se negaran a meterse al charco.

Seguro era porque hacía mucho frío.

Entonces decidimos llenar de tierra el campeón para que fuera más pesado.

Sabri tiró otra piedra para avisarle al Mochi. Enseguida la voz de nuestro amigo se asomó desde el charco.

–¿Cuando puedan me mandan una antorcha y un reloj de arena mojada? Creo que me perdí.

–Bueno. Pero arrimate porque vamos a tirar el campeón para que lo agarres y te subimos.

Pero el Mochi no escuchó. Se ve que la oscuridad del fondo hacía que las palabras se perdieran.

Después de que el campeón estuvo varios minutos esperando bajo el agua, Leo lo sacó con tierra fangosa y no hubo ni señal del Mochi. Encima, una planta acuática había decidido que aquella era una buena maceta y anidó en el campeón.

Leo no aguantó más. El rescate estaba tardando demasiado. Ya estaba anocheciendo y quería llegar a la hora de la cena (eso y que la noche le daba miedo, pero nunca lo iba a admitir delante de sus amigos). Así que se puso el campeón con planta bajo el brazo, se tapó la nariz y se tiró en bombita al charco.

*Gluac*, se escuchó que hacía el agua mientras se lo comía.

Quién hubiera pensado que un charco así de común, que de arriba no parecía más que una mancha amorfa de agua, con una superficie mansa y sin peligros, se iba a andar tragando a mis amigos, como el Mochi se traga panchos en un cumpleaños. ¡Qué locura!

En ese momento solo quedábamos Sabri y yo entre tanta tarde. Decidimos entonces posponer la operación “Rescate implacable” y empezar con la operación “Darles lo que necesiten para que no se sientan tristes estando atrapados en un charco”. Es verdad que esta operación

tenía un nombre muy largo e incómodo, pero no habíamos tenido tanto tiempo para pensarlo como al anterior.

Nos empezamos a turnar para tirar una piedra, es cuchar lo que precisaban y meterlo al charco. Yo me resignaba a ir a buscar los encargos y se los daba sin cuestionarlo mucho. Sabri, sin embargo, se enojaba cada vez más y más con lo absurdo y disparatado de los pedidos. La cara le estaba quedando roja y pegajosa.

14 El Mochi pidió que le tiráramos una pileta para lavarse las patas, tenedor y cuchillo para comer el refuerzo, una máquina de cortar el pasto, un peine para peluches, un enchufe para los lentes y un estuche para la tele, su bolsillo del pantalón y hasta un cepillo para dientes de pescado.

–¡Los pescados no se cepillan los dientes! –gritaba Sabri enfurecida mientras llevábamos los delirantes pedidos–. ¡No Se Cepillan! ¿Por qué Leo no le dice?

Ya no teníamos el campeón de Leo lleno de tierra atado al final de la hilera de los cordones para ponerle un pancho en la punta como carnada. Así que decidimos tomar medidas más drásticas.

Con una espátula empezamos a despegar el camino principal de la ciudad y a meterlo de a poco para adentro del charco. Capaz que viendo un camino conocido recordaban cómo volver.

Después de un rato, ya habíamos sumergido un buen pedazo de camino. Era tanto que había quedado tirante como un trampolín y la gente lo pisaba con extremo cuidado, como si anduvieran sobre aguavivas en la playa.

–¿Por qué no suben? –me preguntó Sabri ansiosa, sentada sobre una piedra chueca que estaba al lado del charco.

–Creo que porque no hay un semáforo en verde.

–No. Es porque son niños y los niños nunca saben hacer nada bien.

–Algunas cosas sí.

–¡No, nada! Tan fuertes que se creen y no pueden ni salir de un charco.

Era tal el enojo de Sabri que cuando se metió al agua empezó a salir vapor. Y siguió saliendo por un buen rato. Yo decidí ir a buscar el semáforo.

El cielo se estaba pintando de atardecer.

Pero cuando solo había dado unos cuantos pasos rumbo a la ciudad por el costado del camino (mitad terrestre, mitad submarino), vi que algo raro estaba pasando. Y miré que ese día yo ya había visto cosas muy raras: había ido a buscar peines para peluches en la peluquería de juguetes, mapas de remolinos en la biblioteca, manuales de armado de antorchas submarinas y hasta había escuchado que el Mochi iba a comer el refuerzo con tenedor y cuchillo. Con tenedor y cuchillo. ¡Un refuerzo! Increíble.

Al caminar esos pasos vi que la gente andaba por el camino como si nada, hacía mandados, paseaba mascotas, mudaba sus casas. Y siempre terminaban adentro del charco. No sé si no se daban cuenta, si les parecía un mejor lugar para estar o si extrañaban al Mochi. Pero

poco a poco fueron tirándose personas, animales, plantas y piedras.

Todos y todo. Absolutamente todo.

Los niños y las niñas se llevaban las plazas y los juegos. Las maestras y los maestros se llevaban las escuelas y las pizarras. Las casas se llevaban a sus familias. Los albañiles las paredes, los coquetos los espejos y los pájaros sus árboles. Las escaleras sus escalones, los árboles sus pájaros y si hubiera habido faros se hubieran llevado a los fareros.

16

En un momento solo quedé yo.

La ciudad se había convertido en una mancha antigua y el viento pasaba preocupado sin darse contra nada. Yo tenía que volver a casa antes de la noche, pero mi casa ya era del charco. Me rasqué la cabeza confundida, no sabía bien qué hacer. Si por lo menos hubiera tenido a mis amigos: Sabri me hubiera dado un consejo, Leo capaz inventaba algún invento y el Mochi seguro que me regalaba un abrazo.

Así que hice lo penúltimo que quedaba por hacer: agarré una piedrita y la tiré al charco. Todo el bullicio de la ciudad con ruidos de servir la cena se escuchó subir desde el charco como bostezo de elefante marino. Miré cómo los círculos que la piedra le había dibujado al agua se hacían cada vez más grandes hasta desaparecer en las costas de tierra y pasto.

Solo faltaba yo.

Respiré hondo. Estaba aburrida. Tenía frío y un poco de miedo. Tomé carrera y corrí hacia el agua como hago en la playa.

Cuando las burbujas se me fueron de los ojos, vi que todo estaba increíblemente igual. Las calles, la escuela, el kiosco que está al lado de la vía, la casa de los abuelos, la de mis amigos. Todo. Cada árbol, cada vereda, cada recoveco de la ciudad estaba metido ahora en el charco.

Y al mirar para arriba, a veces la superficie está celeste y se ve clarito el reflejo del sol. Otras veces está gris porque las nubes no dejan casi pasar la luz. De noche se pueden ver perfectamente las mismas estrellas que se veían viviendo afuera: solo las más brillantes, a las otras se las devora el resplandor de la ciudad.

Ah, eso sí, de esta alocada aventura nos quedó una costumbre: cada vez que vemos una piedrita atravesar la superficie del charco, cuando se vuelve brillante con su cola anaranjada, aprovechamos para pedirle un deseo antes de que desaparezca entre la negrura nocturna.

